

Asesinas

Javier Núñez



GRUPO EDITORIAL
"HIJOS DE LA LLUVIA"



Javier Núñez

Asesinas



Asesinas

Primera edición, diciembre, 2010

Serie narrativa breve *Presagio* N° 06

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-16048

© ASESINAS

Javier Núñez

dorianjavier23@hotmail.com

www.javierysalome.ucoz.com

© De esta edición reservados los derechos en español

Gladys Hinojosa Aguirre

Grupo Editorial “Hijos de la Lluvia”

<http://hijoslluvia.blogspot.com/>

Cel. 951-333723

Editor: Walter L. Bedregal Paz

Diagramación / Composición / Diseño de portada

David C. Colquehuanca Añamuro

Lima /Perú

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Hecho e impreso en el Perú / Printed in Perú

*A Shirley, Pamela,
Sheyla, Stephanie, Paola...,
con la esperanza de volver a verlas.*

Las mujeres son putas asesinas, Max, son monos ateridos de frío que contemplan el horizonte desde un árbol enfermo, son princesas que te buscan en la oscuridad, llorando, indagando las palabras que nunca podrán decir.

ROBERTO BOLAÑO
Putas asesinas

El crimen

Nunca pensé asesinar a tres personas el mismo día. Pero lo hice sin titubear un solo instante. Aún no puedo creer que fui capaz de cometer semejante barbaridad. Siempre he sido una niña buena, con principios y valores firmes. No sé cómo ocurrieron los hechos, pero de algo no me olvido: que una mujer enamorada es capaz de cualquier cosa...

Te admiraba mucho, no sabes cuánto, aún te sigo admirando. En todos tus conciertos estuve presente y en siete ocasiones te pedí autógrafos. Siempre me sentaba en los primeros asientos para verte de cerca. Solías acomodarte al lado del piano para abrir tu repertorio de música clásica.

Decían que cuando eras niño no habías dejado de pensar en ser músico. Decían también que estabas convencido de haber nacido para componer piezas musicales y los conciertos. Tu felicidad, tu vida misma era la música. Qué más podías pedir en este mundo aparte de envejecer jugando con las teclas del piano... Lo más gracioso fue cuando me contaron que te habías convencido de haber superado a Mozart.

Eras simpático y algo nostálgico. Llevabas cabellos medio rubios que se deslizaban por tu frente amplia. Me

sentía atraída por tu figura de príncipe... Eras para mí el hombre más apuesto del mundo. Quería renunciarlo todo con tal de estar a tu lado...

Una noche ofreciste un concierto inolvidable. Asistí con mi amiga Katyuska desde tempranas horas. La gente no tardó en ocupar todos los asientos. Estuve sentada cerca del estrado de donde vi claramente tu rostro de ángel. Recuerdo que saludaste al auditorio con una sonrisa. De pronto me miraste a los ojos y me quedé paralizada. Incliné la cabeza para tomar aire... Nunca te había visto los ojos, salvo aquella noche. Siempre te vi con tus gafas oscuras... Cuando volví a mirarte advertí que tus dedos jugaban con las teclas del piano...

Después del concierto me fui a casa pensando en ti. Tu mirada me perseguía a diestra y siniestra. Creía ver tus ojos en todas partes... Antes de llegar a mi cuarto sentí que caminabas a mi lado. Te miré de soslayo y caí en la cuenta de que era mi sombra... Esa noche dormí pensando en tus ojos y soñé que habías compuesto un tema inspirado en mí y dedicado a mí. Tuve la sensación de que tus manos recorrían mi cuerpo... Me sentí la mujer más feliz del mundo, y desperté todavía con una sonrisa en los labios... Ese día me desaprobaron en el curso de Anatomía, porque no pude concentrarme en el examen. Tu imagen me nublaba la mente... Quería verte, hablarte, reír contigo... Tu recuerdo me enloquecía, me llenaba de pasión... Al llegar a casa quería verte a costa de todo. No probé ningún bocado ni dormí como corresponde. Tu imagen y tus ojos invadían todo mi pensamiento...

Una semana después —como a las diez de la mañana— alguien me dijo que te casabas... Sentí un dolor intenso que no se puede expresar con palabras... Quería morir en el acto si es que estaba viva. No pude soportar la noticia a pesar de los esfuerzos... A cada minuto me repetía, es mentira, es mentira... En un estado de delirio busqué la pistola que mi hermano trajo de la selva. La encontré en su habitación bien guardada y con varias balas... Me mato, dije sin que nadie me escuchara..., pero luego cambié de opinión. Lo mato, dije, enfurecida, las traiciones se pagan con la vida...

Llegué a la plaza de Armas como una loca. Parecía reinar un silencio absoluto. Entré en la catedral a pasos rápidos. Todos me miraron como a una maniática... En eso te vi junto a tu novia, al frente del cura, felices de contraer nupcias. No podía creer lo que estaba viendo... Incliné la cabeza, derrotada y decepcionada... Otra vez alcé los ojos y te miré para comprobar si realmente eras tú... La maldita de tu novia me miró como quien ha triunfado, como quien se lleva el trofeo, y me echó una sonrisa sarcástica... Tú no te diste cuenta de nada. No soporté más la humillación... Le grité a voz en cuello: ¡No te saldrás con la tuya! El diablo se apoderó de mi mano. Entonces apelé a la pistola y le disparé directo al corazón. Lo mismo hice con el cura, por cómplice. Se armó un alboroto macabro... Nadie entendía lo que estaba sucediendo. La escena parecía de película... Satanás, satanás..., le escuché decir a la gente... Miré tus ojos claros, esos ojos que he amado en silencio, y me enloquecieron más... Creo que me gritaste, asesina, asesina... Tu novia

estaba muerta, bañada en sangre, aún suspendida de tus brazos. En tanto, el cura acababa de morir en la ley de Dios... Nadie lo entendía... Volví a mirarte a los ojos... Tu mirada era insoportable... En ese momento te amé intensamente, como nunca... Tu amor me escaldó el corazón; ya no pude controlarme más... Me desesperó la idea de perderte para siempre. Entonces, en pleno delirio, presioné el gatillo tres veces... Caíste de espaldas al lado de la mujer que me había robado tu amor... Creo que llegó la Policía, no sé la verdad... No recuerdo nada lo que pasó después... Me sentí extraña, un sudor frío me invadió todo el cuerpo, mis ojos se nublaron y me desplomé sin remedio... Debí de haber perdido la conciencia...

Cuando recuperé el sentido me sorprendí de no estar en la comisaría sino en una cama de esta clínica. Ya transcurrieron más o menos tres horas. Lo curioso es que nadie me comenta sobre los crímenes que he cometido. Nadie me trata como a una asesina, por el contrario, todos me muestran su buen talante. A ratos quiero gritar que soy una asesina, que maté a tres personas, que merezco una pena... En eso una enfermera se dispone a decirme algo; pienso que me va a despachar a la comisaría. Querida, me dice, te vamos a enviar a la clínica de salud mental.